

# Entre cenizas

Alejandra Abraham □□



# Capítulo 1

Entre cenizas

Matías se había recibido de periodista hacía unas pocas semanas y durante el último año había estado trabajando como pasante para una revista local bastante conocida. El sueldo era bajo, pero la promesa de que se lo duplicarían si llegaba a quedar efectivo lo había llevado a tener que despedirse casi por completo de su tiempo libre y escasa vida social.

El plazo del contrato que él y cuatro jóvenes más habían firmado cuando estaban por finalizar su último año de carrera estaba a punto de terminar. Matías era consciente de que quizás solo uno de ellos tendría la posibilidad de renovarlo.

Había estado fantaseando durante toda la semana con una felicitación por parte de su jefa y un merecido reconocimiento por haber estado trabajando más duro que sus otros compañeros. Él cumplía con esmero todo lo que le pedían. A pesar de que no le correspondía, preparaba café, atendía llamadas y redactaba notas que ni siquiera figuraban con su nombre.

Ese día, Matías estaba corrigiendo la mala redacción de un renombrado periodista cuando todos los pasantes fueron convocados a la oficina de Viviana Guzardo, jefa de redacción.

No era el único que intentaba disimular su nerviosismo. Una de sus compañeras había comenzado a raspar el esmalte saltado de sus uñas y otro de los periodistas se mordía el labio con el ceño ligeramente fruncido.

Los cinco parecían petrificados tras la puerta cerrada de la oficina, donde posiblemente se daría a conocer el nombre del afortunado que conservaría su empleo con el consecuente despido de los demás.

Matías quería independizarse. Deseaba poder mudarse de la casa de sus padres, donde vivía con sus tres perros y sus dos hermanos menores. Para lograrlo, era necesario ganar un sueldo suficiente con el cual poder costear sus gastos personales y pagar un alquiler.

Como nadie parecía reaccionar, Matías se armó de valor y golpeó tres veces la puerta de madera. Un instante después, Guzardo, con su voz grave de fumadora, les indicó que podían entrar.

—Los cité a todos acá, para agradecerles por haber trabajado con nosotros. Quisiera pedirles a Matías y a Gastón que se queden un momento. Los demás pueden pasar por tesorería para retirar el cheque por los días que trabajaron este mes. Para todos habrá una carta de recomendación ya que han tenido un excelente desempeño —dijo sin rodeos la mujer de mediana edad detrás de un escritorio cubierto con papeles desordenados.

Matías no pudo evitar sonreír ante la idea de que lo hubiesen escogido para el puesto e intentaba elaborar en su mente las palabras adecuadas para agradecer la oportunidad que le brindaban.

Después de que sus compañeros se retiraron, ella les explicó que podían continuar con la pasantía durante dos meses más y que, quizás, alguno de ellos podría efectivizar su puesto en cuanto regresaran de los destinos que les serían asignados si aceptaban.

La sonrisa de Matías se esfumó en ese mismo instante. Conservar su empleo en las mismas condiciones que antes durante un par de meses más significaba solo una victoria a medias. Seguirían cobrando la mitad de un sueldo normal y tan solo pospondrían un poco más la tensión de no saber qué les depararía su situación laboral cuando terminara ese lapso de tiempo.

—Necesito dos cronistas para el verano. Uno va a ir a la costa y otro a la Cordillera en busca de notas de interés público —dijo la jefa de redacción observando primero a Gastón y luego a Matías—. Serán acompañados por un fotógrafo pasante.

Tras una pausa continuó:

—Gastón, te sugiero elegir la costa. Con tus ojos azules y la piel bronceada no va a ser difícil que consigas notas en Mar del Plata. Matías, podés ir a Caviahue-Copahue. Allí hace frío todo el año, incluso en enero, por lo tanto, vas a tener que llevar abrigo. Pueden redactar todo tipo de notas e incluso es posible que algunas se publiquen firmadas con sus nombres en la próxima edición.

Ambos querían conservar su empleo y por eso ninguno de los dos se atrevió a mencionar lo incómodo que resultaba tener que realizar un viaje imprevisto. Habían pasado la primera prueba al aceptar con sumisión cumplir la voluntad de los poderosos. A pesar de todo, Matías optó por intentar relajarse. Centró sus pensamientos en las ventajas de un viaje gratis, en sus primeras notas firmadas y en las cosas que podría comprar si le duplicaban el sueldo.

Esa noche, mientras iba en el colectivo que lo llevaba a su casa, buscó en Google desde su celular y encontró algunas imágenes del lugar que le

habían asignado. Se trataba de un municipio del departamento de Ñorquín, situado al noroeste de la provincia de Neuquén, que tenía poquísimos habitantes y un paisaje precioso. Estaba construido en torno a un volcán activo, rodeado de lagos, bosques y montañas. Reflexionó con preocupación que a menos que el volcán entrase en actividad, tenía muy pocas posibilidades de redactar noticias relevantes.

No podía negar que la idea de viajar y de conocer las montañas lo emocionaba un poco. Se preguntó si podría conocer la nieve en esa época del año. En Capital no nevaba y si alguna vez había ido de vacaciones a las montañas, fue cuando era demasiado pequeño como para recordarlo.

Su madre lo ayudó a armar la valija, sin dejar de despotricar contra su trabajo explotador y de recriminarle que lo mejor sería que buscara alguno mejor. En el fondo, sabía que tenía razón, pero su pequeño sueldo le había permitido darse lujos que nunca antes se había podido costear y conocer el mundo era un sueño que hasta ese momento ignoraba poseer.

El día de la partida llegó junto con una tormenta de verano y Matías se preguntó si el vuelo se retrasaría a causa del mal tiempo. Afortunadamente no fue así.

Le habían dado un presupuesto ajustado para que pudiese gastar por día, por lo que desistió de la idea de tomar un café mientras aguardaba en el aeropuerto. También le habían dado los pasajes de ida y vuelta y la dirección del hotel en donde se hospedaría y comería tres comidas al día.

La idea de viajar en avión por primera vez lo ponía un poco nervioso. Lamentaba que el fotógrafo pasante, que compartiría habitación con él y con quien cubriría las notas, no pudiese llegar hasta el día siguiente.

Después de un primer momento aterrador cuando el avión despegó, el viaje no fue tan malo e incluso resultó ser una experiencia interesante. Se entretuvo observando por la ventanilla y luego garabateando en su agenda algunas posibles preguntas para hacerles a los lugareños. El vuelo lo llevó hasta Neuquén, en donde abordó un micro que lo alcanzaría hasta su destino.

Matías estaba absolutamente fascinado con los paisajes que veía, sin embargo su fascinación se transformó en depresión al darse cuenta de que no podría conseguir notas de interés público que no tuviesen que ver con turismo o gastronomía local. Ese tipo de cosas no eran suficientes para mantener su empleo. Con un poco de envidia, pensó en las buenas entrevistas que podía conseguir Gastón con personajes del momento. Los actores y empresarios teatrales necesitaban de la prensa para promocionar sus espectáculos.

Mientras el micro avanzaba, creyó ver nieve en las laderas de las montañas. Pero a medida que ascendían por un sinuoso camino de tierra, percibió que se trataba de cenizas volcánicas que se elevaban arremolinadas como fantasmas que danzaban abrazadas por el viento andino. En medio de ese paisaje mágico, una idea descabellada y carente de ética se le presentó súbitamente. ¿Cómo respondería la gente si él sembraba la noticia que necesitaba?

A su izquierda, se encontraba sentada una mujer mayor que tejía una bufanda con un ganchillo. Fue entonces cuando comenzó con su plan.

—Disculpe que la moleste, señora. Soy periodista de Buenos Aires y me enviaron a cubrir la nota sobre la criatura que se ha visto cerca del volcán Copahue. ¿Podría hacerle algunas preguntas? ¿Usted es de la zona o es turista? —preguntó preparando su libreta para anotar.

—Sí. Soy de Caviahue. Me llamo Rosalía Morales. Tengo un almacén a unas cuadras del lago. Estuve en Neuquén por una semana visitando a mi hijo. Preguntame lo que quieras saber, querido.

Matías hizo un esfuerzo sobrehumano por disimular su sonrisa. Rosalía parecía ser el tipo de persona que se prestaba para la clase de notas que él necesitaba generar.

—Seguramente habrá escuchado que unos turistas vieron un extraño ser humanoide o algo así. Además, hubo informes sobre la desaparición de algunos animales domésticos y escuché que por las noches hay sonidos extraños que vienen del monte.

Un señor con barba descuidada que estaba sentado en el asiento de adelante se incorporó y giró hacia Matías interrumpiendo la conversación.

—Mi gato desapareció hace menos de un mes y él nunca salió más allá del patio de casa. Es verdad que por las noches se escuchan cosas —dijo con el semblante completamente serio.

Matías lo observó por unos segundos para asegurarse de que no se trataba de una broma, pero el hombre parecía honesto y mantenía el ceño levemente fruncido.

—¿Me podría decir su nombre? y si es posible, dónde ubicarlo para poder hacerle una entrevista. Además, me gustaría que tengan mi número para que me avisen sobre cualquier cosa que vean o si alguien les cuenta algo con respecto a la criatura. Voy a estar hospedado en el Hotel Ruca.

Durante el viaje intercambió datos con las personas que se encontraban a su alrededor. Todo el mundo buscaba salir del anonimato y nada mejor que un periodista de Capital para conseguirlo. Pensó que la semilla que

acababa de sembrar estaría germinando para cuando el fotógrafo llegase al día siguiente. Nadie sospecharía que se trataba de una jugada astuta y poco honesta de su parte. No podía competir con el físico perfecto y los ojos color cielo de Gastón, pero, si tenía suerte, su humanoide asesino de animales vencería a su competidor.

Al llegar a Cavihue se dio cuenta de que se había convertido en una celebridad. Muchas personas lo saludaron, incluso algunas con las que no había hablado. Todos en el micro habían escuchado la conversación y podía estar casi seguro de que expandirían el rumor.

Aprovechó su primer día en el lugar para conocer la Cascada del Río Agrio y conversar con algunos lugareños y turistas. Una pareja que estaba de luna de miel le sugirió que quizás los mapuches podrían saber algo sobre aquella criatura de la cual se estaba hablando en el pueblo. Lo más sorprendente fue que ellos lo habían buscado a él para darle el consejo y sabían quién era.

Al día siguiente, mientras estaba escribiendo en su notebook un pequeño reportaje que le había hecho a uno de los habitantes de la villa, llegó el fotógrafo pasante.

—¡Es buenísimo que nos hayan asignado aquí! Me dijeron que hay un monstruo o algo así. Se ve que Viviana sabe dónde hay notas taquilleras —dijo sin saludar ni presentarse, tirando la valija sobre una de las camas —. Perdón, yo soy Rodrigo y vos tenés que ser Matías —agregó soltando una carcajada contagiosa.

Matías le comentó que ya tenía la primera nota escrita y que después de enviarla por e-mail podrían ir a comer. Le propuso que más tarde salieran a capturar imágenes e información al monte o a la Reserva Mapuche. Obviamente, no mencionó que había sido él mismo quien comenzó los rumores y que por eso tenían la primicia.

Dos hombres interrumpieron su almuerzo súbitamente. Querían llevarlos a ver indicios de la criatura. Los jóvenes inmediatamente se pusieron de pie y los siguieron hasta una camioneta polvorienta. Los cuatro viajaron a través de un angosto camino de cornisa y llegaron hasta un páramo soleado donde solamente había una cabra sin cabeza a la que Rodrigo inmortalizó en numerosas fotos. Mientras tanto, Matías entrevistó a los lugareños que la habían encontrado, quienes dieron sus hipótesis acerca de la criatura a la que habían comenzado a llamar Compallhue. Estaba completamente emocionado, el pequeño monstruo inventado ya había adquirido un nombre.

Poco después de enviar una segunda nota con las fotos, llegó una felicitación para ambos y la notificación de que finalmente su trabajo

aparecería publicado y firmado por él en la edición de esa semana.

En el hall del hotel, el gerente les comunicó que alguien les había dejado un mensaje para que fueran lo antes posible a la cascada. Inmediatamente se pusieron en marcha.

Matías pensó que las fotografías del paisaje del arroyo que recorría un camino con piedras violáceas y amarillas hubiese sido meritorio de una publicación, pero ellos no habían sido convocados a ese lugar para eso. Dos hombres se encontraban en cuclillas detrás de un tronco. Les hicieron señales para que se acercaran sin hacer ruido y miraran a lo alto del volcán.

Matías no podía dar mérito a lo que veían sus ojos. En lo alto del cerro, cubierto por la niebla, un ser casi humano, con pálido pelaje que cubría todo su cuerpo, los observaba desde lejos. Rodrigo comenzó a fotografiarlo. Se quedaron extasiados mirando a la magnífica criatura hasta que la niebla la hizo invisible.

Todos se quedaron en silencio, mirándose unos a otros entre fascinados y atónitos.

Matías nunca supo explicar la extraña aparición de la criatura a la que todos conocerían como Compallhue. Quizás su deseo de encontrar una noticia como esa había generado a ese ser o tal vez se trataba de algún plan de los lugareños para atraer al turismo. Pero de lo que sí estaba convencido era de que su trabajo y el de su compañero estarían asegurados.